



Juan Valera

Una expedición al monasterio de piedra

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Una expedición al monasterio de piedra

Aunque no sea España, por lo general, tierra muy fértil y preciosa, todavía creemos que exageran mucho los que en estos últimos tiempos se empeñan en representársela fea, estéril y triste en grado superlativo, salvo en algunos, a modo de oasis, esparcidos no muy pródigamente por acá y por acullá, donde hay agua, riqueza de vegetación y natural hermosura. Pero aun conviniendo en la pobreza y fealdad de la tierra, sobre todo en esta gran meseta del centro, bien puede sostenerse que el mal no es irremediable, que la Naturaleza no se muestra más madrastra que madre para nosotros, castigándonos sin que lo podamos evitar, y que no poco de lo que lamentamos proviene de nuestra incuria.

De todas maneras, siempre nos ha parecido infundadísima la teoría que corre, puesta en moda por escritores de nota, de que España no ha sido nación de primer orden, el Estado más poderoso del mundo por cerca de dos siglos, sino por un conjunto de circunstancias casi milagrosas, y por el poco menos que sobrenatural valor de sus hijos, con lo cual lograron vencer las perversas condiciones y la miseria nativa a que el destino las ha condenado.

No es éste el lugar de refutar dicha teoría, probando que lo pintoresco, frondoso y umbrío del campo no siempre es lo productivo, y que aun concediendo lo que fuere, las naciones ricas, florecientes y preponderantes jamás se lo debieron al suelo que habitan, sino a su enérgica laboriosidad, a su inteligencia y sus bríos.

Apenas hay exageración que no provenga de otra en sentido contrario, y por cierto que lo ha sido y lo es aún en muchas partes el afirmar que somos un pueblo eminentemente agrícola. Si esto fuera así, sentiríamos la vocación de la vida campestre; no sucedería, como sucede, todo lo contrario. Tal vez no haya pueblo menos aficionado que el español a la tal vida. Sólo se somete a ella el que no tiene otro recurso. Cuando lo tiene, huye del campo a la aldea, de la aldea a la capital de provincia, y de la capital de provincia a este hechicero Madrid, con cuyos deleites sueñan cuantos viven entre Calpe y Deva.

No hace mucho que la afición al idilio práctico, a admirar las bellezas naturales ha adquirido cierta fuerza entre nosotros; pero a tiro de cañón rayado se conoce que esta afición es importada de *extranjis*, como lujo y gala, como signo de distinción aristocrática y como prenda esencial de quien es *comme il faut* y no *cursi*. Así es que la gente rica que se va los veranos fuera de Madrid, se pone de un vuelo más allá de la frontera, y se refugia en Francia e Inglaterra, en Bélgica o en Suiza.

Una de las razones que alegan en pro de este temporal extrañamiento de la patria es que aquí se vive peor y más caro, dondequiera que se va; la falta de buenas posadas o fondas. Pero ¿cómo ni para quién han de establecerse, si los que pueden pagarlas huyen lejos y sólo quedan los pobretes, que pretenden comer, almorzar, merendar, tomar chocolate dos o tres veces al día, tener cuarto con butacas, cómodas y buenas vistas, luz artificial y natural, cama limpia y ancha, servicio al pelo y otras mil gollerías, por siete u ocho pesetas, precio

máximo, considerando todo lo que exceda de este precio un abominable robo, algo de insufrible, escandaloso y digno de la reprobación más acentuada?

Y conviene advertir que los españoles no somos tan fáciles de mantener. Éste es también otro error vulgar, como el de que somos eminentemente agrícolas, y tal vez como el de que somos eminentemente católicos.

Creo que no tiene fundamento alguno eso de que somos eminentemente sobrios, y si no que se lo pregunten a los fondistas y posaderos.

Sea como sea, los ricos y elegantes van ya al campo, si bien entendiendo por campo Biarritz y otros puntos así, donde se hace la misma vida que en la heroica villa y corte.

No hay moda, por censurable que sea, que no tenga algo de buena. De esta ida a veranear de los ricos y dichosos del mundo, resulta que los que aspiran a imitarlos y no tienen los ochavos suficientes, suelen hallarse desairados si se quedan en Madrid. Es tal el furor de preguntar en el mes de junio en toda tertulia, en toda reunión de personas distinguidas: «Y usted, ¿adónde va? Y usted, ¿no sale este verano?», que muchos se avergüenzan de decir: «Yo me quedo, yo no salgo.» Decir esto equivale casi a decir: estoy en la inopia, padezco una cruel sindineritis: es presentar un certificado de pobreza. No todos tienen la magnanimidad, el insolente estoicismo de cierto amigo mío, que respondía cuando le preguntaba alguna dama: «Y usted, ¿no sale este verano?» «Sí, señora; saldré, si tengo botas.»

A fin de no verse en el apuro de tener que responder tan desvergonzada frase, rara es la mujer metida en los trotes de la *high-life* que no mire en su marido un tirano, un monstruo o un Juan Lanás sin ingeniaturas y sin despejo, si no la saca a veranear en llegando esta estación. Marido hay que por contentar a su mujer es capaz de tomar prestado de un usurero al cuarenta por ciento al año el dinero que ha menester para seguir dos o tres meses, hasta fin de septiembre, la descansada vida y la escondida

*senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido,*

salvo, se entiende, si la mujer no es un prodigio de economía y ha ahorrado para el veraneo de lo que su marido le da para el gasto de casa.

De todos modos, no obstante, puede tener terrible fuerza lo que oí decir, no hace mucho, a un pollo elegante y cándidamente sentencioso de cierto caballero casado: «A éste -decíale van a salir por cima de la tapa de los sesos las elegancias de su mujer.»

El temor de no pasar por elegantes quedándose en Madrid el verano, cuando los maridos o padres no son ricos ni sobrado complacientes, suele producir un buen efecto. Las mujeres, con tal de veranear, unas de un modo misterioso, a fin de que se quede en duda adónde fueron, y otras a las claras, se instalan en los lugares que están cerca de Madrid, con lo cual, poco a poco, van ya ganando y ganarán muchísimo más dichos lugares. Han contribuido a esto el buen gusto y el ejemplo dado por algunos grandes señores, que han creado quintas o mejorado las que ya tenían, y viven en ellas largas temporadas, como son los marqueses de Salamanca y de Bedmar, la duquesa de Medinaceli y la condesa de Montijo.

Fuerza es confesar que veinte o treinta leguas en radio, en torno de Madrid, salvo Aranjuez y La Granja y alguna que otra pequeña isla de verdura, casi todo es para perdido de vista, si atendemos sólo a lo pintoresco y galano y prescindimos del amor propio patriótico; pero Buena Vista, el Bosque de Miranda, La Nava, la Alameda de Osuna y la

Quinta de Bedmar nos demuestran que el trabajo y la voluntad del hombre pueden trocar los páramos en paraísos.

Fuerza es confesar asimismo que, una vez logrado dicho trueque, todo jardín, todo bosque, todo soto tiene en España maravilloso encanto, merced a la serenidad del aire y a la pura y resplandeciente claridad del sol y de los astros que la iluminan.

De aquí, sin duda, la discrepancia en las descripciones de cuantos extranjeros han visitado y recorrido España en todas épocas. Siempre nos parecen extremadas. Si pintan la aridez del suelo, la falta de árboles, la ausencia de vegetación, imaginamos que hablan del desierto de Sahara. Si, más benignos, encarecen las bellezas de los lugares fértiles, también se nos antoja que van más allá de la realidad y que hay sobra de encarecimiento en lo que dicen de Granada, de Aranjuez, de Sevilla, de Elche y de otros sitios amenos.

Sin embargo, tal vez los unos y los otros tengan razón, según lo que hayan visto y lo que describan. Al que se despierte, viniendo de Francia en ferrocarril, en las cercanías de Ávila, y mire alrededor y vea, y la digan: «Esto es España», le ha de dar forzosamente cierta pena, se le ha de meter el corazón en un puño y ha de comprender con facilidad el misticismo de Santa Teresa. Por el contrario, si tiende la vista desde la torre de Comares, o desde los miradores aéreos del Generalife, y ve a Granada, y la vega hermosísima, y todo aquel esplendor armonioso de luz y de colores, y aquella alegría divina, y aquel suave concierto de la tierra y del cielo, supondrá que como España no hay nada en todo este globo que habitamos. Hay en aquel conjunto un hechizo lleno de misterios inefable, singular, y da al cuadro un valor muy por cima del que acaso tenga analizado parte por parte.

Granada es célebre por su hermosura, y como Granada hay otros sitios célebres, y dignos de serlo por lo mismo, en toda esta Península; pero sin duda, que debe de haber muchísimos más, inexplorados aún, desconocidos, descuidados, y en los cuales no habrá jamás persona alguna.

Provincias enteras hay (toda Galicia, por ejemplo) que dicen que son lindísimas, fertilísimas, poéticas, admirables por lo pintoresco, adonde apenas acude jamás el artista, el poeta, el aficionado a admirar la bella Naturaleza. Los extranjeros, cuando vienen por aquí, se contentan con ver lo ya sabido y visto por otros; y los españoles, o nos contentamos con el jardín del Buen Retiro, o nos vamos a Biarritz y hasta a San Juan de Luz, con lo cual compramos galas francesas para lucirlas el invierno, y nos damos cierto charol de haber ido a veranear *casi* en Francia.

Entre los sitios recónditos, inexplorados, desconocidos hasta hace poco, y que por dicha van ya cobrando la fama y los elogios que se les deben, se cuenta el Monasterio de Piedra, adonde no hace muchos días hice una agradable expedición con varios amigos, de la cual me propongo hacer aquí un sucinto relato, a fin de contribuir en lo que pueda a divulgar la nombradía de aquellos encantados vergeles y bellísimos paisajes.

Todavía, si el Monasterio de Piedra no estuviese a corta distancia de Alhama de Aragón, adonde van muchos a buscar la salud, y si el señor Orovio, pocos años ha, siendo ministro de Fomento y apasionado de aquellos sitios, no hubiera dispuesto que se hiciese hasta llegar a ellos una excelente carretera, todavía, repito, el Monasterio de Piedra estaría tan oculto como las Batuecas para la generalidad de los hombres.

Aun así, la fama del Monasterio de Piedra dista mucho de alcanzar la extensión y grado que se merece.

Empecemos nosotros por ganarnos la voluntad de los sujetos regalones, tranquilizándonos al afirmar que en el Monasterio de Piedra hay fonda buena, donde dan almuerzo y comida y chocolate, y cuarto y cama, y luz, y mil cosas más, por treinta reales

diarios. Todo esto aseadísimo; de suerte que, ni por rara casualidad, se descubren allí ni se dejan sentir aquellos seres espantables para toda persona de epidermis delicadas, a quienes los sabios llaman *sifonápteros*, y que tanto abundan en las Provincias Vascongadas bajo el nombre éuscaro de *arcacosúas*. No se ve allí tampoco aquella cruel enemiga del hombre, apellidada *geocorisa*, que tanto atormenta con sus picaduras, y que tan ferozmente se defiende cuando la cogen, lanzando del pérfido seno, no bien cree llegada la ocasión, ciertas exhalaciones hediondas. En suma: para no andar con rodeos, perífrasis ni acertijos, en el Monasterio de Piedra no hay ni pulgas ni chinches.

A dicho Monasterio se llega en un buen ómnibus y con toda la posible comodidad y baratura. Yo fui más cómodo y barato aún, porque fui convidado; pero esto no es para todos ni se da todos los días.

Hasta llegar al Monasterio, digámoslo con franqueza, el país es medianamente feo; pero esto mismo da mayor deleite a la expedición, por la contraposición y la sorpresa. Apenas se comprende, apenas se sospecha que pueda haber por allí tanta frondosidad y frescura. Aquel paraíso está hundido en un barranco. Afortunadamente, el barranco tiene algunos kilómetros cuadrados de extensión, y el turista, una vez embarrancado, se olvida del resto del mundo.

Allí no hace frío ni calor en el mes de junio. Allí hace un fresquito delicioso. ¡Qué luna de miel pueden pasar allí dos jóvenes recién casados! No digo esto a tontas ni a locas, sino por dos que llegaron al Monasterio con nosotros, y a quienes luego no volvimos a ver. Si siguen aún en el Monasterio de Piedra, saludémoslos con los versos de Góngora:

*Dormid, copia gentil de amantes nobles;
dormid, que el Dios alado
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.*

Hecho este saludo, sigamos adelante.

Al fin y al cabo, nosotros no somos capaces de envidia. No está ya la Magdalena para tafetanes. Ya somos viejos, y a dicho dios alado preferimos otro numen sin alas y de mayor sosiego, que fue quien nos sirvió de guía. Nosotros visitamos todo aquello guiados y acompañados por la santa amistad.

El Monasterio de Piedra fue de monjes bernardos, y existe desde principios del siglo XIII o fines del XII. A quien desee saber la historia y hasta las leyendas del Monasterio, le recomendamos la lectura de un libro que sobre el particular ha escrito don Leandro Forner.

Nosotros diremos, en resumen, que el Monasterio, cuando se suprimieron los conventos en 1835, fue asaltado por una nube de personas aficionadas a *incautarse* de todo: quién se llevó el órgano, quién los libros y documentos, quién las sillerías del coro y de la sala capitular, quién las cubas de vino, quién las vestiduras sacerdotales y quién los cuadros. En suma: sólo quedaron las paredes.

Éstas también, las de la iglesia al menos, cayeron después, en parte, por tierra.

A lo que parece, el actual propietario del edificio y de los campos, de que vamos a hablar, lo compró todo en dicho estado.

Por fortuna, don Federico Muntadas, que así se llama el actual propietario, es persona entendida y de buen gusto, y ha restaurado algo de la fábrica y conservando lo demás, esmerándose en ello.

El refectorio, hoy comedor de la fonda, que es un hermoso salón gótico; la sala capitular, mejor aún; la elegante torre del homenaje, los espaciosos claustros, los grandes patios y el ábside del templo, todo se conserva con el mayor cuidado.

Pero si el señor Muntadas se ha limitado a conservar el edificio, ha tenido el tino y la constancia de crear, en cierto modo, la hermosura de aquellos vergeles, que nunca probablemente fueron comprendidos por los buenos monjes, dedicados a la conversión interior y a la vida contemplativa y abstraídos del mundo sensible que los rodeaba sin que ellos lo viesen.

Basta tender la vista por aquellos sitios para comprender la discreta obra del señor Muntadas y lo que ha debido costarle de tiempo, dinero e infatigable perseverancia.

Toda la belleza estaba allí. El señor Muntadas nada ha añadido, y éste es su mayor mérito, ésta es la mayor prueba de su discreción estética. Lo que ha hecho el señor Muntadas es descubrir la belleza, hacerla visible y accesible, ora removiendo obstáculos que impedían llegar hasta ella, ora destruyendo estorbos que a los ojos la ocultaban.

Todo ello se ha realizado con tal arte, que no parece sino que el hombre no ha puesto mano en nada y que la Naturaleza ha sido de suyo tan discreta y prudente que no ha exigido la menor corrección.

Para formarse aproximadamente una idea de lo que allí se debe a la Naturaleza y de lo que se debe al arte, conviene entender que el río Piedra, cuyas aguas arrastran o llevan en disolución sustancias que se petrifican, harto, sin duda, y hasta enojado, de recorrer campos estériles y de no topar con un solo árbol que le dé sombra y que se mire en el tranquilo espejo de sus aguas, se divide de repente en varios brazos y se precipita como un loco por un barranco abajo. De este arrebato de desesperación, de esta locura del río, resultan las cascadas, la frondosidad, las grutas admirables de estalactitas y todas las bellezas y portentos que en el fondo del barranco y en las laderas que hay a un lado y otro se contienen y se admiran.

Claro está que para los buenos monjes, poco aficionados a lo pintoresco, ni las grutas, ni las cascadas, ni nada de aquello tuvo nunca gran valor. Las zarzas, la maleza, los árboles caídos, los Peñascos amontonados en diversos puntos, o cerraban el paso o quitaban la vista.

Desde lo alto parece poca cosa todo aquello. Una vez que se baja y se penetra en los vergeles se ve que hay espacio bastante para contener y cifrar todo género de paisajes amenos y de rústica hermosura.

El señor Muntadas puede afirmar, en cierto modo, que lo ha creado, desbrozado y limpiado, abriendo caminos, echando puentes y haciendo escaleras en las rocas.

En tiempo de los monjes había allí, en lo más llano, algunas huertas, abundantes en frutas y hortalizas, y al lado de las huertas, unos matorrales y lodazales impenetrables. De estos lodazales y matorrales ha sacado el señor Muntadas todo el hechizo de su posesión.

Las cascadas existían, sin duda, en tiempo de los monjes; pero como si no existieran. Entonces se veían mal, sin duda. Ahora se ven muy bien; pero son difíciles de descubrir. Aunque no alcancen, ni con mucho la grandeza y sublimidad del Niágara o de los saltos de Gavarni y del Rin, en Lauten, distan infinito de ser miniaturas, y su belleza es extraordinaria. Yo no me siento con valor para describirlas. Triste y desairado recurso es suplir la poesía con la aritmética; pero no se me ocurre otro medio para salir del apuro.

Las cascadas son trece. Unas van escalonadas, dando diversos tumbos y como haciendo paradas; otras se desprenden por el aire, y de un solo brinco salvan la distancia que recorren. Del primer género, la más larga es la llamada del Vado, que tiene doscientos

noventa y siete pies. Del segundo género, la mejor es la llamada Cola de Caballo. El agua se desprende en abundancia desde una altura de ciento setenta y cuatro pies, y forma airosa comba en el aire. Al través de aquella cortina transparente, como si fuera un fanal cristalino, se ve la ingente boca de una profunda gruta. La montaña, desde donde el río se vuelca con estrépito, está hueca. El agua, al caer sobre las piedras del fondo, se desmenuza en chispas, en polvo brillante, que se esparce en torno cual niebla y forma mil iris y tornasoles.

A la caverna que hay dentro de la cascada se baja por una escalera de ciento ochenta y cinco escalones, unos abiertos en el seno de la misma roca, otros en su superficie vertical. Al ir bajando, hay momentos en que está el que baja tan cerca del agua que desciende, que su rápido movimiento marea y produce la ilusión de que toda aquella mole líquida se viene encima. La escalera toma después dirección más oblicua y lleva al viajero hacia el fondo de la caverna.

Nosotros bajamos por la tarde, cuando los rayos del sol poniente, refractando en la sábana diáfana y quebrándose y descomponiéndose en iris, penetran en la gruta y la ilumina toda con mágica luz.

Entonces se ven patentes los misterios de la caverna, su belleza y la secular labor que se diría que hacen en ella, sin reposarse nunca, los genios subterráneos: los gnomos y las ondinas.

La caverna es espaciosa como un templo. Su arquitectura es fantástica, como un sueño, como un extraño y poético delirio. El agua del río se filtra en parte por entre las rocas del techo y crea estalactitas gigantescas de mil formas, que con incierto y confuso dibujo, ya aparentan murciélagos, hipopótamos gigantes, ya figuran capiteles góticos y columnas egipcias o indianas, ya fingen monstruos caprichosos y jamas antes imaginados. Y no es lo menos bello que, al lado de la hiedra-piedra, o de otras plantas que sirvieron, siglos ha, como de molde para que la petrificación las eternizase, lucen hoy hiedras y enredaderas y plantas verdes y lozanas. Aquello es como el santuario, el alcázar de los espíritus elementales, donde todos despliegan sus galas y se alegran en una orgía, celebrando las bodas de Oberón y Titania.

Todavía, no obstante, hay algo, en mi sentir, mucho más bello y sublime que la gruta y la cascada de la Cola de Caballo: el lago de la Peña del Diablo.

Creemos que este lago debe verse cuando el sol va ya declinando, cuando baña en luz como de oro y topacio derretido la cima de los cerros que ciñen, en semicírculo la quieta superficie de sus aguas. Hermosos fresnos, álamos sauces y otros árboles crecen en la orilla, cubierta toda de pujante vegetación y de fresca verdura. Hierba y flores alfombran el suelo. Una limpia y bien trazada senda hace fácil el paseo por la orilla. Las paredes casi verticales de las rocas elevadísimas están tapizadas de verde hiedra y de otras plantas hasta cierta altura. El color, ya rojizo, ya morado, ya amarillo de la roca viva, se contrapone a lo verde de la vegetación. Un cielo luminoso, sereno, despejado y profundísimo; un cielo en que se abisman los ojos, resplandece por cima de los cerros que nos rodean y en cuyas extremidades fulgura el sol, reverberando con extraordinaria pujanza. Sólo turban la serenidad y soledad de aquel cielo sin nubes algunas águilas, que se ciernen con majestad en lo sumo del aire y que anidan en las hendiduras de los más altos peñones, en los picos o extremos de aquellos cerros tajados. La abundancia de luz en lo alto produce en el lago el singular efecto de que parezca negra y brillantísima su faz, como espejo de bruñido azabache. El lago parece tan hondo como el cielo. En el centro del lago hay una peña, una

masa colosal, una pirámide enorme truncada por la cúspide, cuyas caras, rojas, están también cortadas casi verticalmente.

La base de la pirámide arranca desde la misma orilla; surge, emerge de lo profundo del agua. Y esta peña del centro y todos los cerros que están en torno, y el sol que reverbera en lo alto y el hondo cielo infinito, todo se retrata, se duplica, se pinta en el lago negro, con más viveza, con más luz, con más color, con más nitidez y con mayor encanto que la realidad misma. Colocado al borde del lago, se diría que está uno entre dos abismos sin término; pero el que hay bajo los pies parece mayor que el que está sobre la cabeza; los cerros, todos los objetos en que la vista se para en el primer término, son reflejados mayores y como más reales.

Aumentan el hechizo de este espectáculo la ausencia completa de ruido, la solemne tranquilidad, el misterio y el callado reposo de aquellos lugares. El agua del lago es pura y corriente, y no se ve ni se oye correr. Allí cerca nace y transpira del seno de la tierra, y no se la siente tampoco.

A corta distancia de allí resuenan las cascadas, murmuran los arroyos, susurra el viento, gorjean los ruiseñores y otros pájaros, graznan las ranas y zumban las abejas.

No pretendo yo que estas cosas que digo den una idea, ni siquiera aproximada, de los primores que esconde el Monasterio de Piedra; pero me daré por pagado si logro despertar en el ánimo de mis lectores el deseo de verlo. No dudo que se deleitarán viéndolo, tanto como yo me deleité.

Claro está que hablo sólo de ver el lago, las cascadas, los bosques y los jardines.

Por lo demás, no será fácil que logre el lector tan buena, alegre y agradable compañía como aquella con que yo fuí. No diré aquí los nombres de las personas que la compusieron por no ofender su modestia, después de hacer de ellas tan grande como merecido encomio.

Diré sólo, para terminar, que el río Piedra no cría piedras únicamente, sino excelentes truchas y riquísimos cangrejos, en los cuales hicieron horrendo estrago mis compañeros de expedición. Uno de ellos, sobre todo, los devoraba por docenas, excitando el fundado recelo de que dejaría a Piedra *descangrejado* si permaneciese allí medio mes siquiera, y si el señor Muntadas no tuviese la habilidad y no tomase la precaución de criar cangrejos y asimismo truchas, haciendo florecer en aquel retiro el arte y la industria de la piscicultura, como también de la *astacicultura*, y dándose en ello tan buena traza que le ha valido en París la medalla de oro.

Réstame ahora añadir que para quien es amigo del señor Muntadas, tiene otro agrado el Monasterio de Piedra: el que proporciona la amena conversación del señor Muntadas, su amable trato y la bondad con que se presta a ser él mismo guía inteligente de su magnífica finca, enseñándola con la complacencia con que muestra sus poesías un poeta.

De presumir es, pues, que dentro de poco cunda la afición de ir a Piedra y otros lugares semejantes a pasar el verano, si bien es difícil hallar ni en España ni fuera de España lugar semejante; pero si Piedra se pusiese más en moda, bien podría albergar con toda comodidad y holgura, bajo los anchos techos del Monasterio, un centenar de personas, y poner mesas con asientos para igual o mayor número en la gran sala del antiguo refectorio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

